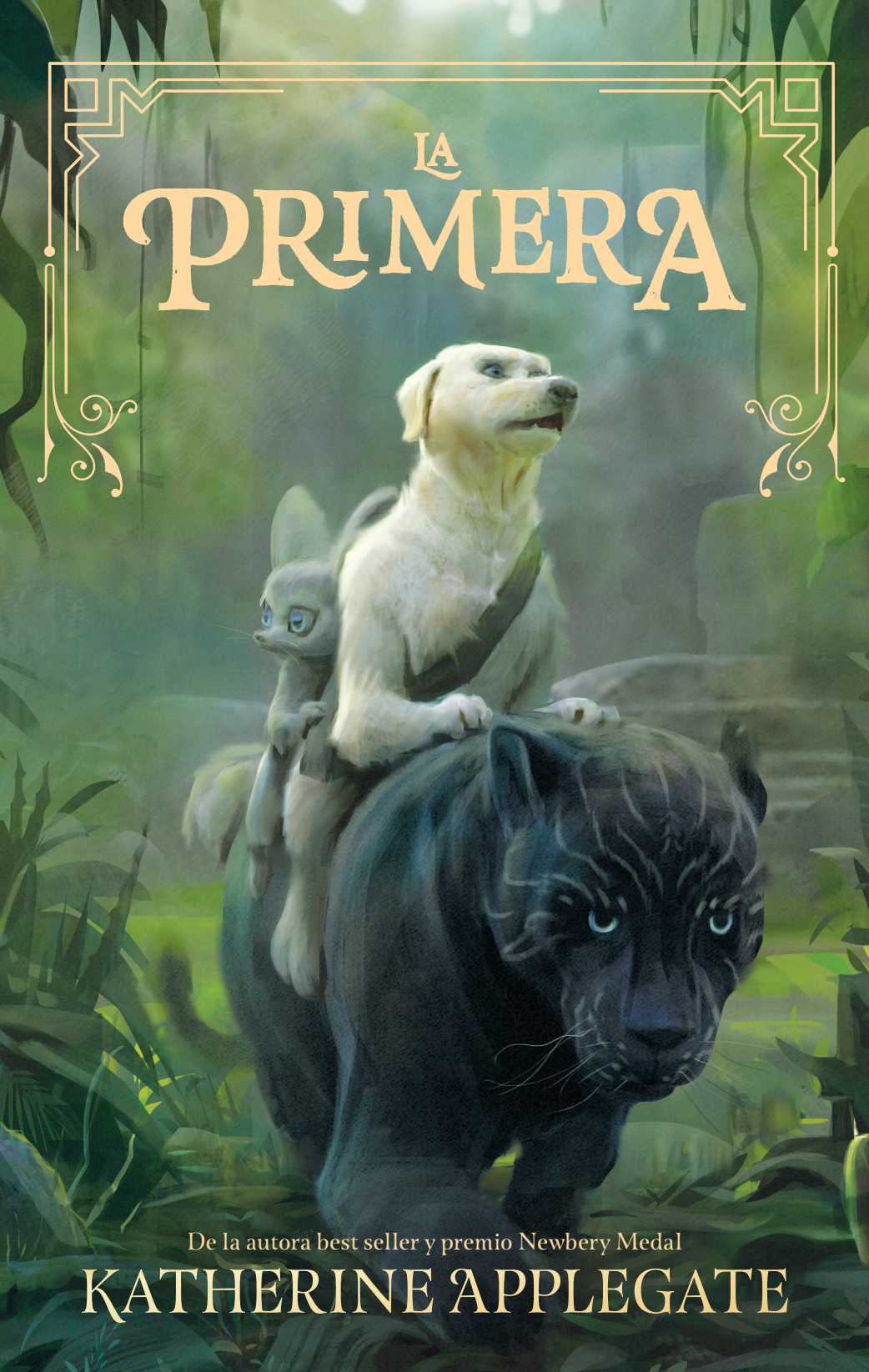
# LA PRIMERA



De la autora best seller y premio Newbery Medal

KATHERINE APPLEGATE

# LA PRIMERA

GRANTRAVESÍA

KATHERINE APPLEGATE

# LA PRIMERA

Ilustraciones de
MAX KOSTENKO

Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

La primera. La superviviente

Título original: *Endling 2: The First*

Texto: © 2019, Katherine Applegate
Ilustraciones: © 2019, Max Kostenko

Publicado originalmente por HarperCollins, con acuerdo de Pippin Properties, Inc., a través de Rights People, London

Traducción: Mercedes Guhl
Ilustración de portada: © 2019, Max Kostenko
Diseño de portada: Jenna Stempel-Lobell

D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Homero 1500 - 402, Col. Polanco
Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: Enero 2020

ISBN: 978-84-120560-2-0
Depósito legal: B-29578-2019

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9004905010120

Para Michael

La mayor victoria es la conquista de uno mismo.

Platón

## Superviviente

1. Último individuo de una especie u, ocasionalmente, de una subespecie en camino a la extinción.
2. La ceremonia oficial en la que se declara la extinción de una especie se conoce como *ceremonia de extinción.*
3. (informal) Alguien que se compromete con una misión que parece imposible.

*Tratado del Léxico Imperial,* 3.ª edición

# CONTENIDO

## PRIMERA PARTE


1. El miedo se siente, pero bien puedes ser valiente 19
2. Gaviodagas 22
3. Ataque desde el cielo 30
4. Qué buen perro 36
5. El miedo de un felivet 46
6. Lar Camissa 52
7. La condición de la reina 62
8. Una obra maestra de planeación ejecutada sin el menor fallo 71
9. Una escalera sin fin 77
10. El cerca-lejos 86
11. La amenaza del valtti 93


## SEGUNDA PARTE


12. Vallino 103
13. Sueño con dairnes 111
14. El regreso de un viejo enemigo 117
15. Los medios para lograr un fin 124
16. El bosque carmesí 133
17. La caída 139

18. Comienza la búsqueda 147
19. Conversación con un terramante 153
20. Nuestro plan no-tan-bueno 160
21. El rey Tobble 166
22. Un regalo para el Capataz 171
23. Una misión sin sentido, condenada al fracaso 176
24. En el mar 184
25. La isla 195

## TERCERA PARTE

26. Elexor 207
27. ¡Al ataque! 215
28. La persecución de la galera 223
29. Dabyrro 234
30. Natites 242
31. Grendwallif 249
32. Una maldición y una profecía 254
33. El sueño de Kharu 263
34. Regreso a Nedarra 269
35. El paso 281
36. La distracción 290
37. El barón 301
38. Otro superviviente 311
39. La sorpresa de Kharu 321
40. Combate en las alturas 329
41. Un plan de tres partes 335
42. Sabito Sietegarras 341

## CUARTA PARTE


43. En la verdad yace la fuerza 351
44. Prueba de liderazgo 361
45. Barro y dificultades 369
46. La persecución 376
47. Retirada 383
48. Acercándonos a nuestro objetivo 392
49. Un descenso traicionero 399
50. De los nuestros 408
51. Un salón lleno de dairnes 415
52. Un plan audaz, puede que algo absurdo 423
53. El *Capricho de Figton* 430
54. Sueños y partida 439
55. Hacia el combate 448
56. Rastreadoras 452

Agradecimientos 457

# PRIMERA PARTE

# EL MIEDO SE SIENTE

# I

## El miedo se siente, pero bien puedes ser valiente

No soy valiente, ni osada. No soy una líder.

A decir verdad, no destaco en nada.

A menos que cuente el hecho de que bien podría ser la última de mi especie, una dairne.

La última superviviente.

Pero sí conozco la valentía.

Ser valiente es enfrentarse, sin ayuda, a una horda de serpientes venenosas para salvar a una cachorra de dairne y al pequeño wobbyk que la acompaña.

Yo era esa cachorra. Y mi salvadora fue Kharussande Donati, mi líder humana y amiga querida.

Me gustaría ser tan arriesgada como Kharu, igual de certera, de justa. Pero los líderes como ella lo llevan en la sangre. No es algo que se pueda aprender.

Mi padre, que a su vez era un líder brillante y valiente, tenía todo un inventario de proverbios y dichos sabios. Solía decirnos a mis siete hermanos y a mí: "El miedo se siente, pero bien podéis ser valientes. Eso es lo que hace a un líder, cachorros".

Al menos, yo ya he perfeccionado la parte de sentir miedo. Estoy profundamente familiarizada con los diversos síntomas del pánico: la piel que se eriza, la sangre que se hiela, el corazón que late desbocado, las garras a la vista.

Mis compañeros de viaje, Kharu, Tobble, Renzo y Gambler, me dicen que soy más valiente de lo que creo. Y supongo que en los últimos meses incluso he llegado a sorprenderme.

Pero mis breves momentos de valentía no son prueba de que esta sea genuina, sino solo una buena actuación. Si me lo preguntan, fingir que no se siente miedo no es lo mismo que no sentirlo en realidad. No importa lo que digan mis amigos.

Mis amigos… fuertes, leales, fieros. ¡Cuánto los quiero a todos! He perdido la cuenta de las veces que me han levantado el ánimo para seguir adelante en nuestra búsqueda de otros dairnes.

Sabemos que no hay muchas probabilidades. Hace apenas unos meses, toda mi manada fue borrada del mapa por soldados bajo las órdenes del Murdano, el déspota gobernante de Nedarra, mi patria. Y mi manada no debió ser la primera. En toda Nedarra, hemos ido reduciéndonos poco a poco.

Fui la única que sobrevivió a esa masacre. Yo, el miembro más insignificante de entre todos los que formaban mi manada. La renacuajo. La menos útil. La que no sabía nada de nada.

La menos valiente.

Aunque me aferro a la esperanza, me temo que nunca más veré a otro dairne. Es un miedo que de golpe me aturde con su ferocidad, y que luego se convierte en un dolor constante y punzante, como un hueso roto que no llegó a soldarse adecuadamente. Un miedo al que me he acostumbrado, que viaja conmigo noche y día: mi horrible e inevitable compañero.

Pero son los otros miedos, los nuevos e inesperados, los que más me atormentan.

A veces me visitan en medio de la noche, silenciosos y sedientos de sangre.

Y otras veces, como ayer, revolotean por el cielo, hermosos, gráciles y mortales.

# 2
# Gaviodagas

Toda la mañana habíamos seguido el rumbo de los helados picos que se elevaban a lo lejos, más allá de la frontera con Nedarra… hacia nuestro incierto futuro, hacia mis magras esperanzas.

Ya llevábamos caminando tres horas, y había sido difícil. Hacía frío, y unas nubes grises rodeaban las montañas posándose en las cimas. Nuestro aliento nos precedía como un fantasma de nuestra intrincada historia.

El risco implacable que habíamos estado siguiendo se amplió para dar lugar a un pequeño terreno en forma de triángulo achatado, y decidimos descansar allí. Había cúmulos de nieve esparcidos por la zona, y la vegetación estaba mustia y de color marrón. En dos de los lados del triángulo se levantaban riscos muy altos. El tercer lado estaba abierto al mar.

Tan pronto como nos detuvimos, una numerosa bandada de aves se precipitó entre las nubes, revoloteando

en círculos para luego lanzarse al ataque. Eran cientos, moviéndose en perfecta formación, como soldados bien entrenados.

—Gaviodagas —dijo Renzo—. Hay que mantenerse alerta con ellas. Tienen picos afilados como dagas. Y roban cualquier cosa que puedan alcanzar con sus garras.

—Entonces, ¿son tus almas gemelas? —bromeó Kharu. Renzo era un ladrón consumado.

—Yo tuve que aprender y desarrollar mis habilidades —contestó él. Le dio unas palmaditas a su apestoso perro, *Perro*, que olfateaba las piedras con gran dedicación—. En el caso de las gaviodagas, es puro instinto.

—Son muy hermosas —dijo Tobble, el pequeño wobbyk que se había convertido en mi mejor amigo. Tenía rasgos semejantes a los de un zorro en su carita redonda, con una barriga prominente, enormes orejas ovaladas y ojos grandes y oscuros. Sus tres colas, recientemente trenzadas (un ritual de transición muy importante entre los wobbyks) estaban atadas en el extremo con una tira de cuero.

Nos quedamos observando, fascinados por la manera en que las aves rojas y grises trazaban círculos y giros formando remolinos como los que hace el polvo en un torbellino.

—Se congregan cerca de zonas de minería y de pueblos pequeños —dijo Renzo—. Cuando arrebatan

un saco lleno de joyas, se dirigen al sur y lo dejan caer en un barco pirata. A cambio, los piratas les dan pescado fresco. —Se encogió de hombros—. Como ladrón que soy, confieso que admiro su estilo.

—¿Y por qué no se ocupan de pescar por sí mismas? —pregunté.

—Por la misma razón que los piratas no labran los campos ni se dedican al comercio —respondió él—. Es mucho más entretenido robar.

—Tenía la intención de detenernos aquí para comer algo —dijo Kharu, revisando el terreno—. ¿Te parece que es seguro hacerlo?

—Bastará —le contestó—, mientras no bajemos la guardia. Y necesitamos descansar.

—A mí no me importaría echarme un bocado de ave —dijo Gambler, siguiendo la trayectoria de las gaviodagas con sus ojos azul pálido de felivet. Era un elegante depredador felino de color negro, con unas delicadas líneas blancas en la cara y sus mortíferas y nada delicadas zarpas—. O casi cualquier tipo de bocado. Creo que exploraré este prado y veré qué me encuentro por ahí.

—Tendremos la comida lista cuando regreses, Gambler —dijo Tobble, y mi estómago gimió con ansiedad. (El estómago de los dairnes no gruñe, sino que gime, cosa que, desde mi punto de vista, es mucho más digna.)

—Gracias —le contestó él—, pero espero encontrar algo mejor que galletas.

—Tenemos un poco de carne seca de cotchet —ofreció mi amigo wobbyk.

—Carne seca quiere decir muerta —Gambler negó—. No es de la preferencia de un felivet.

Tobble, que no come carne, arrugó la nariz y Gambler se alejó, moviéndose a su modo felino, que da la impresión de ser a la vez despreocupado y veloz.

Mientras yo recogía ramas y palitos, Tobble desembaló nuestros utensilios de cocina. Pronto logramos encender una pequeña fogata, y él canturreó mientras sacaba unas hierbas y una olla.

Tobble había resultado ser el mejor cocinero entre nosotros. Renzo también era bueno, sobre todo cuando hacía uso de lo poco de teúrgia, magia y encantamientos que había comenzado a aprender al cumplir los quince este año. No era mucho lo que podía hacer todavía, pero conseguía que un estofado frío se calentara, o que una verdura sosa adquiriera sabor. Una noche trató de impresionarnos al abrir bellotas de pino tallin. Las convirtió en pequeñas luciérnagas que se alejaron flotando en la brisa.

Había sido bonito, sí. Pero no era comestible.

—Teúrgia —resopló Tobble mientras veíamos las luciérnagas elevarse hacia el cielo como estrellas bebé—. Un buen cocinero no necesita de magia. —Y en ese

punto y hora nos preparó un poco de kitlattis, una especie de galleta que su tatara-tatara-tatarabuela le había enseñado a hacer. Era como comer nubes pequeñas, si es que las nubes tuvieran sabor a miel.

Los wobbyks, como Tobble, no ejecutaban encantamientos teúrgicos. Sólo las seis grandes especies gobernantes lo hacían: humanos, dairnes, felivets, natites, raptidontes y terramantes.

—Tendremos té caliente en un abrir y cerrar de ojos —anunció Tobble.

—Gracias, Tobble —dije—. Avisaré a Kharu y a Renzo.

Fui a reunirme con ellos en el límite del prado, donde estaban mirando al mar.

—Más gaviodagas —declaró Renzo, señalando.

Las vimos precipitarse en picado.

—No parece que vayan a acercarse —dije.

—Jamás había visto aves que se movieran con semejante precisión —opinó Kharu, retirándose de la vista un mechón de pelo ondulado y oscuro con el que el viento jugueteaba. Tenía los ojos casi negros, rodeados de pestañas abundantes, de mirada inteligente y precavida. Como solía ser su costumbre, llevaba sencillas prendas de campesino, cual si fuera un cazador furtivo, su ocupación anterior, de un color levemente más claro que el tono de su piel apenas morena.

A veces a Kharu le resultaba más fácil hacerse pasar por chico en sus andanzas. Al parecer, algunos humanos tienen pocas expectativas en cuanto a las capacidades de una hembra. No entiendo bien por qué. En el mundo de los dairnes, machos y hembras son iguales.

Tal vez debería decir "eran" iguales.

Pero hay tantas cosas del comportamiento humano que me parecen desconcertantes…

Colgando a un lado del cinturón, Kharu llevaba una espada herrumbrosa. Daba grima verla, pero quienes habíamos presenciado su entrada en acción entendíamos sus poderes ocultos. Esa espada torcida era la Luz de Nedarra, un arma con una historia muy ilustre.

—¿Cuánto crees que podamos avanzar antes de que caiga la noche? —le preguntó Kharu a Renzo.

Kharu era nuestra líder, pero en este tramo del recorrido, Renzo era quien nos guiaba, pues era el único que se había aventurado por esta parte montañosa de Dreylanda, uno de los dos países limítrofes con Nedarra.

Miró tras de sí, a los picos altísimos.

—No es fácil saberlo. El terreno se pondrá traicionero y parece que va a nevar.

—Sigamos nuestro plan inicial, en la medida de lo posible —dijo Kharu, con un gesto decidido.

El plan, aunque incierto, consistía en dirigirnos al norte para rodear las montañas costeras, con la esperanza de avistar una isla flotante llamada Tarok. Habíamos contemplado la idea de buscarla por mar, pero no teníamos los recursos para pagar ni siquiera por la embarcación más humilde. Y, en todo caso, había pocas a nuestra disposición. En esta helada época del año, hasta los piratas se mantenían a distancia de la rocosa costa de Dreylanda. Las mareas eran peligrosas y los bancos de hielo, impredecibles.

¿Por qué una isla flotante, viva, como Tarok, se dirigía al norte en esta época? No lo sabíamos. Lo que sabíamos, y eso me alegraba el corazón en las noches oscuras, era la leyenda de una colonia de dairnes que había vivido alguna vez en aquella isla.

Todavía recordaba el poema que había tenido que aprender de cachorra:

*Canta, oh poeta, de los antiguos las hazañas*
*a través de crueles y traicioneras montañas,*
*que las frías aguas del norte navegaron*
*y hasta Dairneholme, isla viviente llegaron.*

Había parecido una búsqueda imposible. Y a pesar de eso, tras mucho viajar en medio de tribulaciones y penurias, había logrado vislumbrar, hacía apenas unos días, lo que se me asemejó a otro dairne en la isla, planeando de árbol en árbol.

Al menos, eso fue lo que tuve la impresión de ver.

Mi estómago gimió de nuevo.

—Tobble dice que tendrá listo el té…

Me interrumpí en medio de la frase, silenciada por el sonido del aleteo.

Las gaviodagas habían cambiado su trayectoria con una simetría tal que me quedé atónita. Se movían como abejas molestas que se dirigieran hacia un blanco.

El corazón me dio un salto, y mi nada bienvenido amigo, el miedo, regresó.

Nosotros éramos el blanco que ahora perseguían las gaviodagas.

# 3
## Ataque desde el cielo

—¡Vienen hacia aquí! —exclamó Renzo, poniéndose en movimiento.

—¡Byx! ¡Tobble! Al suelo, de inmediato —gritó Kharu, desenvainando su espada.

—Coge mejor una antorcha —dijo Renzo. Corrió hacia la pequeña hoguera de Tobble y levantó un tronco encendido—. Detestan el humo.

Kharu guardó su espada y recogió un palo crepitante.

Tobble, con sensatez, decidió quedarse tendido en el suelo como le habían indicado, pero yo no estaba dispuesta a permitir que Kharu y Renzo lucharan también por mí, aunque me parecía que yo no iba a ser de gran ayuda.

Encontré una rama sin quemar y metí un extremo entre las llamas. Recogí puñados de hierba húmeda y los eché al fuego. Una humareda gris y de olor amargo se levantó hacia el cielo.

Agité mi antorcha que apenas ardía, tosiendo porque el viento cambió, y volví hacia donde Kharu y Renzo estaban.

Las aves ya no eran un remolino negro, sino cientos de misiles que se lanzaban directamente hacia nosotros.

Nos llovieron encima como granizo, impactando contra nuestros pechos y cabezas, golpeando con esos crueles picos que les habían ganado su nombre. En cuestión de segundos, yo tenía cortes en ambos brazos y a duras penas había logrado esquivar un tajo que me hubiera abierto el cuello. Oí a Perro ladrar de dolor cuando una gaviodaga consiguió rasgar su carne a través del pelaje.

El corazón me galopaba en el pecho. Las heridas en mis brazos ardían, y vi que de ellas brotaba sangre perlada.

—¡No! —grité, alzando la antorcha y agitando los brazos a tientas.

Las aves no se daban por vencidas. Las más cercanas se alejaron, pero rápidamente volvieron a atacarme desde atrás. Divisé a Kharu, Renzo y Tobble a través de un tornado de alas, gritando insultos y agitando los brazos sin grandes resultados.

Mientras sangrábamos y retrocedíamos, tratando de interponer el fuego entre nosotros y las aves, éstas parecían arreglárselas para encontrarse en todas partes a la vez, graznando y causando heridas. Concen-

traban sus esfuerzos en lo que llevábamos, sin duda a la espera de encontrar monedas, pero atacaban cualquier cosa que les quedara al alcance.

—¡A los riscos! —ordenó Kharu.

Entendí su idea. Nos estaban acribillando desde todas direcciones. Al menos si nos protegíamos contra la pared rocosa, las aves sólo podrían atacarnos por el frente y los costados.

Di un toquecito a Tobble en la cabeza para decirle:

—Anda, ven con nosotros —como si eso fuera a mantenerlo a salvo.

A esas alturas, yo ya estaba exhausta de agitar la antorcha, de la cual no quedaba más que una pequeña brasa encendida. Cuando la de Kharu se apagó por completo, la dejó caer para desenvainar su acero, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo.

En cuestión de un instante, quedó oculta por completo bajo una capa de picos afilados.

—¡Aaaaaah! —gritó Tobble. Corrió hacia Kharu y saltó sobre el montón de pájaros, lanzando patadas y manotazos entre gritos—: ¡Soltadla! ¡Dejadla ya!

No era la primera vez que tenía ante mis ojos la visión terrible de un wobbyk enfurecido. Enfurecido y sin el mínimo asomo de miedo.

Renzo y yo nos unimos a la refriega, dispersando a suficientes aves enloquecidas para que Kharu pudiera liberarse. Recogió a Tobble para subírselo a los

hombros y, los cuatro, además de Perro, abandonamos toda dignidad para huir en busca de cobijo.

—¡Por aquí!

¡Gambler!

No podía verlo a través del diluvio de alas, pero oía su voz y seguí adelante, tratando de no hacer caso del dolor que sentía en las heridas y de los chillidos agudos y amenazadores de las aves carroñeras.

Di contra una pared rocosa y me giré para apoyar la espada en ella.

—¡Seguid mi voz! —gritó Gambler desde algún punto a mi derecha.

Fui bordeando el risco, agitando los brazos contra mis atacantes, sin grandes resultados. Mi pie izquierdo tropezó con un pedrusco afilado y caí de espaldas. El golpe me sacó el aire del pecho.

Una zarpa gigantesca me alcanzó. Garras negras y enormes se engarzaron con cuidado en mi cinturón y me arrastraron hacia el felivet.

—¡Gracias, Gambler!

Corrí para rodearlo, mientras él manoteaba a los pájaros con la velocidad propia de su especie.

Kharu logró alcanzarnos, y trató de llegar junto a mí.

—¡Renzo! —gritó con voz ronca.

—Lo veo —dijo Gambler.

El enorme felivet se internó justo en medio de la nube de aves, manoteando y agitando sus zarpas con

rapidez y precisión casi sobrenaturales. Atrapó a un pajarraco desafortunado, que al instante desapareció entre sus fauces. El almuerzo. La sangre de la gaviodaga le corrió por un costado de la mandíbula y las aves retrocedieron para sopesar esta nueva amenaza.

Gambler encontró a Renzo de rodillas, todavía agitando su antorcha, con sangre brotándole de un montón de heridas.

—¡Agárrate a mi cuello! —gritó Gambler, y Renzo no necesitó que se lo dijera dos veces. Gambler se reunió con nosotros, trayendo a Renzo a rastras.

De pronto, con la misma rapidez que nos habían atacado, quedamos liberados de las gaviodagas. Examiné los alrededores velozmente. Nos habíamos refugiado en una grieta de la pared rocosa: no era un buen lugar para criaturas aladas. La abertura estaba cerrada en la parte de arriba, y la luz entraba sólo por el flanco que conducía al prado. Pude ver más gaviodagas merodeando, a la espera de que volviéramos a salir para dar batalla.

—Hay una cueva —dijo Gambler—. Venid.

Lo seguimos, dejando un rastro de sangre en el suelo de piedra. Nuestra única fuente de luz era la llama titilante de la antorcha de Renzo, que estaba a punto de apagarse.

Al fin encontramos un espacio más amplio, con grandes rocas, en el cual podíamos descansar. Nos tur-

namos para vendarnos las heridas unos a otros mientras Perro intentaba lamerse las suyas.

—Entonces —dijo Kharu al vendar un corte en la frente de Renzo—, ¿volvemos con las aves o nos lanzamos a la oscuridad?

—La oscuridad —contestamos al unísono.

—La decisión fue fácil —dijo Kharu. Agarró la vacilante antorcha de Renzo y nos dirigimos hacia la gélida y eterna negrura.